



ETHOS

EDUCATIVO

ISSN 1405-7255 • II ÉPOCA • MORELIA, MICHOACÁN, MÉXICO

VICENTE
BARBERÁ ALBALAT
**VALORES,
COMUNICACIÓN Y
EDUCACIÓN**

ANGELINA UZÍN OLLEROS
**EL REGISTRO
IMAGINARIO
DE LA PEDAGOGÍA**

JORGE RIVAS DÍAZ
**LA EVALUACIÓN COMO
FORMACIÓN DE VIDA**

FABIO FUENTES NAVARRO
**LO AMBIENTAL
Y LO SUSTENTABLE**

CARMEN NUÉVALOS RUIZ
**LA EDUCACIÓN EN
VALORES AMBIENTALES**

EUGENIA MÉNDEZ Y
JAVIER IREPAN HACHA
**LA EDUCACIÓN Y EL
EMPLEO EN MÉXICO
EN EL CONTEXTO DE
LA GLOBALIZACIÓN**

DOSSIER
**RAMÓN MARTÍNEZ
OCARANZA**
POETA APOCALÍPTICO



♦ N° 32 ♦

ENERO/ABRIL DE 2005

Ethos Educativo N° 32.
Revista cuatrimestral.
Enero-abril de 2005.

Número de reserva al título de Derecho de Autor:
04-2003-051913171300-102
de fecha 19 de mayo 2003

Número de Certificado de Licitud de Título: 10941
de fecha 4 de julio 2003, con número de expediente 1/432 "98" 14319

Número de Certificado de Licitud de Contenido: 7586
expedido por la Comisión Calificadora
de Publicaciones y Revistas Ilustradas
de la Secretaría de Gobernación,
el 4 de julio de 2003, con
número de expediente 1/432"98"14319

ISSN:
1405-7255

Portada:
Ocaranza: *Imaginario*.

Domicilio de publicación:
Calzada Juárez N° 1600, Col. Villa Universidad,
C.P. 58060, Morelia, Michoacán.

Impresor:
Ursu Silva López,
"Morevallado Editores"
Tlalpujahua N° 445
Col. Felicitas del Río
58030, Morelia, Mich.

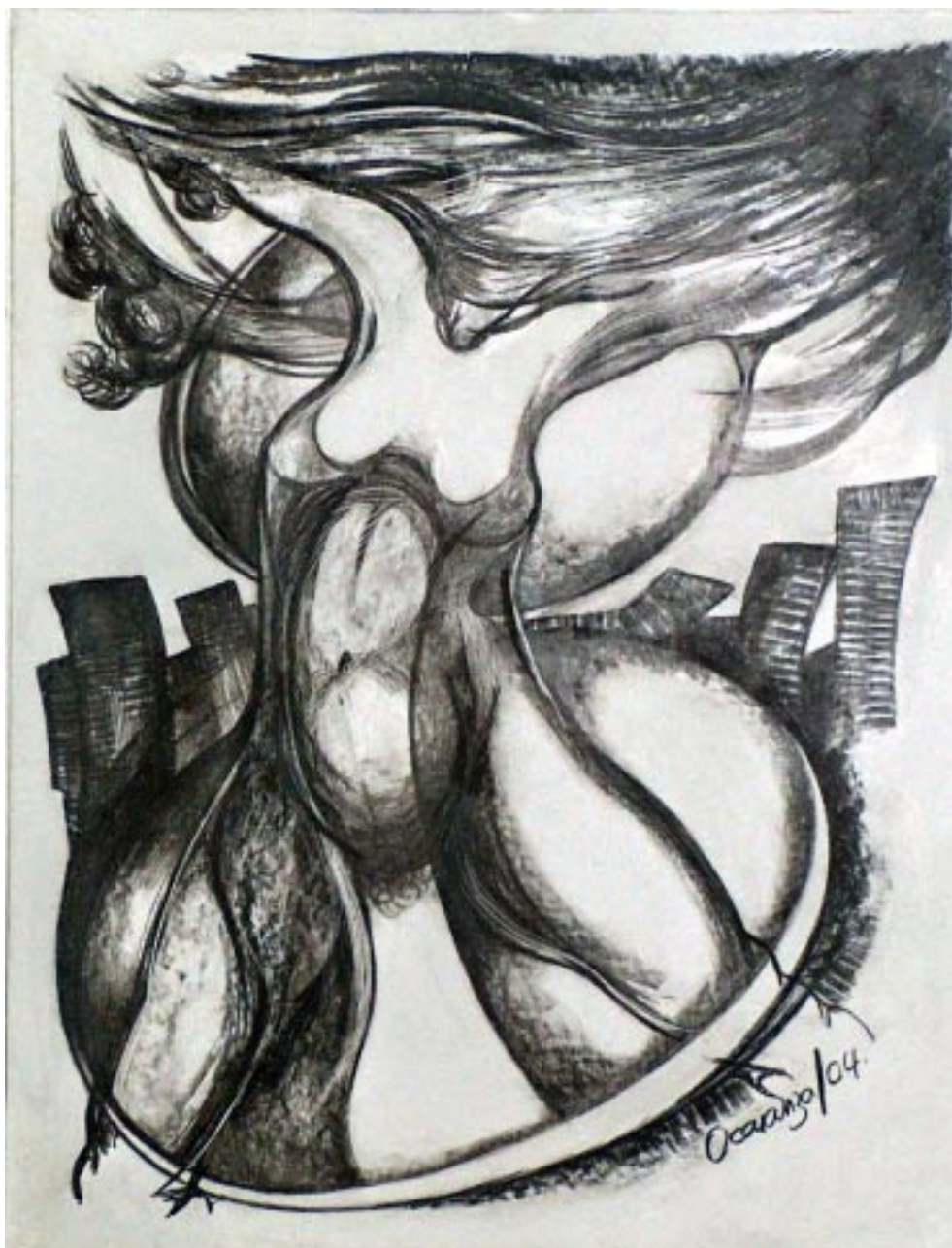
Tiraje:
1000 Ejemplares.

Las colaboraciones firmadas son responsabilidad de su autor.
Se permite la reproducción de los contenidos, citando la fuente.

Toda correspondencia y colaboración
dirigirla al Director de la Revista *Ethos Educativo*:
Dr. José Ramírez Guzmán.
Calzada Juárez 1600, Fracc. Villa Universidad
58060, Morelia, Michoacán, México.
Tels. 01(4) 316-75-15 y 16-75-16; Fax: 316-75-93,
www.imced.org mail: ethos@imced.org













*De nuestra
portada*

De la patología del ser a la patología de hacer



Ramón Martínez Cervantes –*Ocaranza*– (Morelia, 1953), se manifiesta como agresor agredido. De monstruosidad cueviana son las gesticulaciones a las que reduce al hombre-sin-cuerpo: –Desháganse los ojos. Y los ojos sucumbieron. –Sean torturadas las mejillas, las frentes, los mentones y expresen así del hombre sus faltas, sus fatalidades. Y así sucedió. En tanto arrebató violento la forma corpórea a la mujer y le mutila el rostro: Vientres que posan, pubis que posan, glúteos que posan, senos que posan... nunca reposan. Dibujos, aguafuertes y grabados consagrados a la patología de género. Si su trazo sobre el hombre es denuncia, es enérgicamente apologético respecto a (el cuerpo de) la mujer, reducida a su sino genital, objeto de placer y displacentera progenie. Trazo consagrado también a denunciar las patologías sociales. Trabajos dedicados a un ruinoso imaginario o a un futuro que de ominoso ya nos alcanzó; entonces Ocaranza da corporeidad al hombre, pero ya no como hombre, sino como androide vicario del espanto y del llanto, y la persistente mujer-sin-rostro deviene serpenteante endecha por lo que ahogó en nosotros el humo *posmo-pólita*, apocalíptico. Luego de apreciar sus trabajos, queda uno con ganas de acudir, sea al diván, al confesionario o al tálamo, sólo para cerciorarse de que aún tiene escotilla de escape la locura que con sus trabajos nos anuncia y denuncia.

Ocaranza es egresado de la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM (1973-1987), y tomó cursos de especialización en gráfica y litografía con José Sánchez (1979-1995) y grabado con Octavio Bajonero.

Reconocimientos:

Mención honorífica en el Primer Concurso Nacional de Gráfica de contenido político social, Litografía. Universidad Autónoma de Puebla, 1978.

Segundo lugar en Concurso de Cartel para actividades de difusión cultural de la UNAM, 1975.

Diploma del Museo Nacional de la Estampa, 1978.

Diploma del Colegio de Bachilleres, 1978.

Diploma del INBA, 1987.

Colaboración en varias publicaciones con viñetas, ilustraciones, carteles y carátulas de libros y revistas. (*La Jornada*, *El Día*, *El Financiero*, Libros de Poesía de la Universidad Michoacana).

Colaboración técnica en varios talleres de grabado y gráfica:

Taller de Gráfica Popular, México, D.F.

Departamento de Comunicación Educativa de la Universidad Michoacana

Bodegas Rurales Conasupo (Buroconsa), México, D.F.

Taller de Arquitectura de Gustavo Manrique, México, D.F.

Taller de Litografía de la ENAP, México, D.F.

Escuela Polular de Bellas Artes, Universidad Michoacana.

Profesor de Colegio de Bachilleres, Plantel 2, Cien Metros, México, D.F.

Participación en varios concursos bienales de carácter nacional e internacional:

Concurso Nacional de Artes Plásticas, Aguascalientes, Ags.

Bienal de gráfica *La joven estampa*, Casa de Las Américas, La Habana, Cuba.

Bienal de Gráfica de San Juan de Puerto Rico, Puerto Rico.

Concurso Nacional de Gráfica de contenido político y social. Universidad Autónoma de Puebla.

Exposiciones colectivas:

Escuela Nacional de Artes Plásticas, México, D.F., 1973.

Escuela Nacional de Artes Plásticas, México, D.F., 1973.

Instituto Trilingüe Londres, México, D.F., 1975.

Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, Pue., 1978.

Colegio de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, Mich., 1980.

Colegio de Bachilleres. Oficinas centrales, México, D.F., 1986.

Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado *La Esmeralda*, México, D.F., 1987.

Museo Nacional de la Estampa, México, D.F., 1988.

Casa de la Cultura *La Pirámide*, México, D.F., 1989.

Taller de la Gráfica Popular, México, D.F., 1990.

Con el grupo *6 de las Artes Plásticas*:

- Galería *Juan Rulfo* de la Casa de la Cultura Mixcoac Insurgentes, México, D.F., 1990.

- Tianguis cultural *El Chopo*, México, D.F., 1990.

- Estación del Metro Pino Suárez, México, D.F., 1991.

- Galería *Frida Kahlo*. Unión de vecinos damnificados *19 de septiembre*, México, D.F., 1992.

- Casa de la Cultura de Azcapotzalco, México, D.F., 1992.

Casa de la Cultura de Azcapotzalco, México, D.F., 1993.

Centro cultural *El Tecolote* UNAM., México, D.F., 1993.

Casa de la Cultura de Texcoco, Edo. Mex., 1994.

Con la Sociedad Mutualista de Anartistas Plásticos:

- Salón cantina *La Reforma de Bucareli*, México, D.F., 1995.
- Centro cultural *El Tecolote* UNAM., México, D.F., 1995.
- Galería de la librería *El Juglar*, México, D.F., 1995.
- Velada Cultural en el Centro cultural *El Tecolote* UNAM., México, D.F., 1995.
- Casa de la Cultura de Azcapotzalco, México, D.F., 2002.
- Casa de la Cultura de Azcapotzalco, México, D.F., 2004.

Exposiciones individuales:

- Consejo del Voluntariado Nacional, A.C., México, D.F., 1995
- Galería *Nacho López* Casa del lago UNAM. México, D.F. 1996.
- Casa de la Cultura de Azcapotzalco, México, D.F., 2001.
- Galería *Frida Kalho*. Unión de vecinos damnificados *19 de septiembre*, México, D.F., 2001.
- Tianguis cultural *El Chopo*, México, D.F., 2001.
- Café galería *Diana*, México, D.F., 2002.
- Café cultural *Voltaire*, México, D.F., 2002.
- Café cultural y Peña artística *El León de Mecenaz*, Morelia, Mich., 2003.



dossier

Ramón
Martínez Ocaranza,
Poeta apocalíptico



Agradecimientos

Este *Dossier* no hubiera sido posible sin la generosa participación de Alejandro Delgado (fotos); de Xóchitl Martínez Cervantes, quien nos facilitó los textos de homenaje; de Fernanda Navarro; y de Ramón Méndez, quien como coordinador de *El Gallo Ilustrado*, suplemento cultural del periódico *El Día* le dedicara la edición del domingo 28 de septiembre de 2001, al cumplirse 19 años de su muerte, y que amablemente nos ha permitido reproducir su texto, y el de los poetas Mario Raúl Guzmán y Juan Cervera. Remata este *Dossier* una muestra de la poesía de Martínez Ocaranza, ilustrada por Ramón Martínez Cervantes (*Ocaranza*). A todos ellos, un agradecimiento cordial.



Un poeta apocalíptico

Enrique González Rojo

Poeta



Las tres exigencias formuladas por Gracián para llegar a ser buen escritor –hablar primero con los muertos, luego con los vivos y después consigo mismo– fueron cumplidas con creces por Ramón Martínez Ocaranza. Leer, conversar, meditar... son, en efecto, tres momentos necesarios –aunque no suficientes–, indispensables –aunque no obligatoriamente sucesivos– para mantener buenas relaciones con Apolo y Dionisio, tutearse con las musas y robarle secretos al mismísimo Cielo. Martínez Ocaranza, apasionadamente, hizo suyas las tres exigencias, pero no de manera artificial y mecánica, sino de modo natural y más o menos simultáneo: en su querida Morelia –a la que se entregó *en unos cuantos teoremas de ternura*, como lo dice en alguna ocasión–, se pasaba las horas leyendo, o leyéndose, a los grandes escritores (Cervantes, Shakespeare, San Juan de la Cruz, Dostoievsky, Ezra Pound, etc.), se dirigía a continuación a los Portales, departía con todo el mundo, se convertía en manantial de ocurrencias, vertedero de citas, chisporroteo de bromas. Y fatigado con este intercambio de palabras con los vivos –alumnos, maestros, autoridades, pueblo en general–, algunos de ellos claros especímenes de la mediocridad, se refugiaba en la soledad y en el soliloquio donde las funciones definitorias de su vocación –el vaticinio, asociado al vate, y la poesis, o creación, asociada al poeta– hallaban su ámbito apropiado e insustituible de realización.

No me cabe la menor duda de que, entonces, en el habitáculo de ese momento especial, Ramón, como el Dr. Jekyll, tomó en algún momento una poción enigmática y portentosa que lo desdobló en dos personalidades distintas y hasta contrapuestas: el hombre común y el poeta como jaula de demonio. Por un lado, el esposo, padre, maestro, y, por el otro, el rapsoda que trae en hombros el escándalo, la patología del ser, la colección de llagas más impresionante en lo que va de la poesía mexicana. El bromista, *el alma de los Portales*, el profesor que todos ven en la calle y saludan con afecto y deferencia, el militante comprometido con las mejores causas –lo que le vale la cárcel pero le permite escribir los sonetos del *Otoño encarcelado*– y el poeta-profeta que, superando el estereotipo del poeta maldito, mascullaba su mensaje de paradojas endiabladas y las iba estampando con su pluma fuente en hojas, cuadernos, volantes. Este energúmeno metafísico que nuestro poeta cargaba en las entrañas, huía, como el bautista, a

escondese de los demás —y en especial de los aficionados a pergeñar poemas— en el desierto de su privacidad, donde acabó de descubrir que las imprecaciones, las blasfemias, los arrebatos, convenían más a su estro que a la oda, la balada y toda la música de salón, que en buena medida impera en la poesía habitual de nuestra patria.

En este, llamémoslo así, ensimismamiento poético, Martínez Ocaranza no sólo se separa de la mediocridad ambiente que lo envolvía y sofocaba, sino de la poesía mexicana en su conjunto. Por eso ha que decir, y decirlo con toda contundencia, que Ramón Martínez Ocaranza es un poeta inconfundible y único. Un poeta que, en su etapa más personal, no pareciéndose a nadie, asume su originalidad indiscutible del modo más espontáneo y natural y no, a semejanza de otros, como un deliberado recurso *rupturista* para hacerse de una supuesta personalidad que los dioses griegos o nahuas o purépechas no quisieron otorgarle.

Aunque la mayor parte de los críticos no ven esto —su miopía de siempre colinda con la ceguera— Ramón le ha dado un vuelco a la poesía mexicana. Al tono crepuscular del modernismo, al nacionalismo ramplante y la sensualidad culpígena de López Velarde, a la relojería metafísica de los Contemporáneos, a la poesía encabalgada surrealístamente en sí misma de Paz, a la virulencia ingeniosa y apasionada de Huerta o a la sensiblería consumada de Sabines, para no hablar sino de algunos de los concentrados líricos de la poesía mexicana del pasado siglo, él opone su visión apocalíptica, enigmática, pujante, desesperada, en que *los amarillos se vuelven grises*, como dice ya en su poema a Cuauhtémoc de la *Alegoría de México*.

Martínez Ocaranza es un poeta en incesante búsqueda de sí mismo. Su voz, su verdadera voz, no la encontró sino tardíamente. Desde muy joven dio muestras evidentes de capacidad lírica y astucia verbal; pero la domesticación de las influencias y el hallazgo de la forma en que su interioridad atormentada podía expresarse, no estaba a la vuelta de la esquina, sino en el lento proceso de maduración que le llevó toda la vida. Para darle sustento a esta apreciación, conviene hablar de dos etapas en la creación poemática de nuestro poeta y una frase intermedia entre la primera y la segunda. La etapa inicial comprende seis libros o plaquetas, de diferente tamaño y carácter: *Al pan pan y al vino vino* (1943), *Ávido amor* (1944), *Preludio de la muerte enemiga* (1946), *Muros de soledad* (1951), *De la vida encantada* (1952) y *Río de llanto* (1955). Ramón aparece aquí dueño ya de un oficio, con la habilidad del artesano y la inspiración de un joven, con inquietudes existenciales y sensibilidad social, enamorado de la vida. Es un joven poeta nada desdeñable, con momentos lúcidos e imágenes estupendas; pero más que nada es una promesa, un creador inconforme con lo realizado y a la busca

impetuosa del siguiente peldaño. La fase intermedia se halla conformada por dos libros significativos: *Alegoría de México* (1959) y *Otoño encarcelado* (1967). Aquí Martínez Ocaranza da un paso adelante. Afina las cuerdas de su lira y el notorio adiestramiento de su pluma le permite adentrarse, con astucia y sabiduría, en temas tan difíciles como el poema patriótico y los poemas –sonetos en este caso– que aluden a la intimidad de un poeta encarcelado con todo y poesía. Ramón Martínez Ocaranza se devela ahora, sobre todo en los poemas dedicados a *Cuauhtémoc*, *Morelos*, *Juárez* y *Zapata* de la *Alegoría de México*, no sólo como un buen portaliras –para decirlo con la terminología de entonces–, sino como un excelente poeta. En estos poemas, épicos en su trazo general, y líricos en el detalle, Ramón tiene el buen cálculo, la maestría de no dejarse llevar por la retórica del poema de ocasión o la estrechez de miras, chapucera y dogmática, del realismo socialista en boga. La última etapa comprende los siguientes libros: *Elegía de los triángulos* (1974), *Elegías en la muerte de Pablo Neruda* (1977), *Patología del ser* (1981), *La edad del tiempo* (1984) y *Vocación de Job* (1992). En esta última etapa, Ramón llega finalmente a la cumbre de su intento: *decir lo que tenía que decir con su muy personal manera de decirlo*. Nuestro poeta, que durante toda su vida fue, como dije, el buscador de su palabra, el escudriñador del decir que lo dijese, o el gambusino de la suerte de poesía reclamada por el turbión de su sangre, dio finalmente con su voz. Ya no sólo es el buen poeta de la etapa inicial, ni el excelente poeta que le sucede, sino el gran poeta que estamos celebrando.

No es este el sitio, ni tengo el tiempo necesario, para examinar, con la profundidad, el cuidado y el amor que se merece, el legado poético del último Ramón. Ya en años anteriores, he intentado acercarme a una hermenéutica de nuestro lírico en un texto denominado «La patología del ser en Martínez Ocaranza», publicado en varias revistas. Ahora sólo quiero señalar, y con esto termino, que deseo de todo corazón que la consecuencia esencial de la serie de homenajes al gran poeta michoacano... traiga, por fin, el reconocimiento, la apreciación, la lectura, el estudio, la publicación cuidadosa y crítica de sus Obras Completas, la rectificación de la crítica cegatona y la elevación de Ramón Martínez Ocaranza al lugar señero que en la historia de la poesía mexicana le corresponde. Gracias. ▲

México, D. F., a 9 de abril de 2005.

Cómo nos haces falta, Ramón

Fernanda Navarro

Filósofa



Querido Ramón,

A 10 años de tu centenario, nos reunimos una vez más para recordarte. Firme en mi promesa de informarte anualmente del estado que guarda el mundo, de eso que alguna vez fue mundo y que ahora llaman globalización. Esta noche estamos aquí para celebrar tu obra poética, su resonancia y su originalidad. Concuerdo con los críticos literarios que han afirmado que sencillamente eres inclasificable, que tu poesía no pertenece a ninguna escuela, generación o tendencia. Te yergues en transgresor. La fuerza expresiva de tu palabra, incendiaria a veces, blasfema otras, le imprimen un acento inconfundible. Y qué decir de tu sonoridad, esa peculiar manera de acentuar los versos, de fustigar la rima hasta alcanzar la chispa incendiada de la transmigración –no de las almas, sino de las palabras...tan inigualable como el relincho de Rocinante. Es así como lograste crear lo increado, exactamente como Aristóteles designara a la poesis: dar a luz lo que antes no era, lo que antes no existía.

La poesía –nadie lo duda– es el corazón de todo lenguaje.

Y ante el asombro del Olimpo, recorriendo adjetivos y estructuras, te pronunciaste contra los sustantivos que fijan y petrifican y a favor del verbo que corre, anima, vuela.

Bien supiste que la poesía puede inducir al sueño o a la locura y quien no ha conocido la locura no puede penetrar en las honduras del alma, donde hay palabras que buscan realidades desconocidas, para nombrarlas. Iniciados en los secretos del oficio, los poetas siguen los caminos de nostalgia.

Desde tu *Elegía de los triángulos*, tu metáfora se tornó desgarrada.

Permíteme citar algunas, aisladas, fecundas y sonoras, nomás por el profundo placer que me ocasionan y que seguido repito en soliloquio:

*Teoremas de sombras,
trenes cargados de sollozos.
Lirios que crecen en candados.
El quiebre de crepúsculos
A estrangular las sombras!*

Y esta sabia máxima:

Cada quien muere como puede.

O cuando te preguntas: *¿Qué hacer frente a una prefabricada circunstancia?*

A lo cual contestas: *quemar las circunferencias... o*

¿Qué hacer cuando las objeciones se nos mueren en los brazos?

!Silencio! La poesía llora conceptos sumergidos y encuentra su significado en el silencio, prístina fuente de todos ellos. La más contundente de todas las metáforas, el silencio!

Y aquel sabio consejo:

Saber que *Hay tiempo de llorar y tiempo de patear el llanto.*

O cuando le cantas loas a la belleza y pujanza de la naturaleza y dices:

Ni mil tanquetas pueden oponerse al crecimiento de una hoja.

Aunque no sé qué te responderían en Irak, para lo cual –como dices–

Es preciso pedir cuentas a los dioses pues ahí no sólo lloran los geranios. sino los huérfanos, los mutilados y la desolación en vida.

Después de escuchar estos destellos poéticos tuyos, veo que tenía razón Enrique González Rojo cuando dijo que es más fácil encontrar una mayor cercanía tuya con José Revueltas y su narrativa que con otros poetas. Sobre todo, lo entiendo por la profundidad de la percepción que ambos tienen de lo humano, de ese latir oscuro y

sufriente del hombre. De esa realidad desgarrada que clama entre su conciencia, capaz de concebir la eternidad –por un lado- y su ser mortal, hijo del azar, siempre en devenir.

Pero quisiera decir también que veo a León Felipe en ti, en tu espejo, su rabia y su blasfemia. Puedo imaginarte leyendo ahora, con motivo del último escándalo nacional, del que seguramente ya recibiste noticias, el Desafuero...que se encuentra en cada esquina, en cada orilla y en cada calle del país. Es un hecho que puede traducirse en amenaza o en promesa, aunque hay temores fundados para esperar tempestad. Frente a esto, digo, Te puedo escuchar leyendo en esa voz tan tuya, capaz de hacerse oír hasta en el desierto más remoto: frases como:

*...Y el hombre aquí de pie, firme, erguido sereno,
con el pulso normal, con la lengua en
silencio, los ojos en sus cuencas y en su
lugar los huesos.*

*El sapo iscarote y ladrón en la silla del juez, repartiendo castigos y premios...
y yo tranquilo aquí, callado, impasible, cuerdo...cuerdo!*

*Sin que se me quiebre el
mecanismo del cerebro.*

*¿Cuándo se pierde el juicio? Relojeros,
¿Cuándo enloquece el hombre
¿cuándo es cuando se enuncian los conceptos
absurdos y blasfemos....*

*¿Cuando es cuando se paran los ojos y se
quedan abiertos, inmensamente abiertos,
sin que puedan cerrarlos ni la llama ni el viento?*

¿Cuándo es cuando se cambian las funciones del alma y los resortes del cuerpo, y en vez de llanto no hay más que risa y baba en nuestro gesto?

Si no es ahora, ahora que la Justicia vale menos, mucho menos que el orín de los perros. Si no es ahora, que la Justicia tiene menos categoría que el estiércol, si no es ahora, ¿cuándo se pierde el juicio? Respondedme, loqueros. ¿Cuándo se quiebra y salta roto en mil pedazos el mecanismo del cerebro?

Ya no hay locos, amigos, ya no hay locos.

Se murió aquel manchego, aquel estafalario fantasma del desierto, y... ¡ni en España hay locos!

Todo el mundo está cuerdo, terrible, monstruosamente cuerdo!

Este tema de estrépito y de furia se hermana bien con el tenor de tu rabia, esa que escupen tus caracoles amarillos y que te llevó al encierro, un otoño encarcelado.

Perdóname Ramón, pero se me agolpan en desorden tantos temas en la mente...en este informe tan maltrecho.

Esto último nos remite a un tema de dolorosa emergencia. El de nuestra incipiente democracia y los constantes reveses contra ella. Saca uno de los rostros más primitivos de nuestro México bárbaro...sobretudo del lado oficial, de los representantes que a nadie representan, que viven y actúan en una burbuja aislados de la realidad que, vertiginosa, los deja atrás y ellos se empecinan en ocupar escaños, acrecentar sus cuentas bancarias y chorrear podredumbre...eso sí, ¡en nombre de la Ley, el Derecho y la Legalidad! Haciendo gala de una amnesia total cuando se trata de aplicarla a los suyos. Se han erguido en jueces y han perdido las Tablas de la Ley.

En su insensible irracionalidad lo confunden todo. Creen que la democracia es votar cada 6 años, por los candidatos que ellos aprueben.

Cuando en realidad es una práctica cotidiana en el trabajo, en la familia y en la escuela. Ahí donde haya jerarquías. Pero hoy, con la globalización, han desfigurado la democracia con el consumo y el marketing elevados a niveles planetarios. Consumo, luego existo! Es la consigna. En campos como la educación, la cultura y la ética ha trastocado alfabetos y valores.

Lo cierto es que la confianza y la credulidad en la acción de los políticos se ha venido desvaneciendo y, con el *desafuero* de las últimas semanas, la perplejidad y la incertidumbre están a la orden del día, con el temor siempre latente de un estallido de violencia. En otras palabras, la posibilidad de una nueva barbarie y de una nueva torre de Babel, Ramón, lo cual se traduce en remitir a la democracia a su tierra prometida, a su tierra natal: la utopía.

Urge hoy más que nunca un nuevo alfabeto, nuevas formas de deletrear el mundo, un nuevo nominalismo que confiera existencia a través de la palabra, de la poesía. Un lenguaje capaz de desentrañar los misterios de las tinieblas que tienen a este universo secuestrado.

¡Nos haces falta, Ramón!

Pues es a la creación poética y artística a lo que debemos voltear la cara para encontrar una salida. Y el tiempo, ¡ay, el tiempo: cruel, implacable, irredento!

Por cierto, esto último me hace recordar que quiero compartir contigo una última inquietud, mi más reciente terquedad: la del tiempo y sus metáforas. El tiempo que se llena de preguntas desde los tiempos anteriores al tiempo. En suma, el tiempo como metáfora que duele, perturba, hiere, hasta desear su maldición!

He paseado por las cavidades del tiempo, sin poder suspenderlo ni en el vuelo ni en el sueño..

¿Es acaso una cualidad de la memoria? ¿De cuántas partes consta? ¿Será como dicen los relojeros, que consta de instantes, horas, segundos y minutos? ¿O de futuro, pasado, presente, o acaso se trata de la eternidad,...o es todo un sólo hilo que devanan las sombras con los dedos?

Iniciada, como he sido, en el vértigo, he decidido domiciliarme en el devenir...sin ningún punto final...puros trastocamientos temporales, discontinuidades que orillan al vacío, a esa nada de ser que nos atraviesa, gracias a la cual –nos dice Jean Paul

Sartre— podemos gozar de libertad, de conciencia y de temporalidad. Si fuésemos un macizo de ser, completos y pletóricos de ser, seres pulidos y acabados, no habría lugar para ese destello de vacío que nos permite construir y modelar nuestro ser, configurar nuestro futuro y hacer de la libertad la textura de nuestro ser!. Entonces no seríamos más que objetos, utensilios, cosas.

¿O es acaso el tiempo, una sola función gramatical que cumplen los verbos en la frase, como dice Norberto de la Torre?

¿O es simplemente las posibilidades de la tinta sobre la hoja blanca?

¿O como describe Bachelard el instante: como el momento suspendido entre dos nada; donde la única forma de romper la eternidad es el momento, *esa punta que rasga la pesadez de lo inmóvil*.

Tiempo inmisericorde que reconfigura rostros y trauma los espejos

Lo cierto es que

*Las manecillas de todos los relojes son en realidad espadas que cortan,
incansables, la cabeza de cada minuto y cada hora...
imponiéndole un orden arbitrario al
universo.*

*Y para intentar poner fin a ese orden
del universo arbitrario,*

Y para ponerle punto final a este desperdigado informe del 2005 quiero terminar con un bello poema sobre el personaje que nació hace 400 años y al que León Felipe le dedica estas hermosas estrofas: El Quijote

VENCIDOS

*Por la manchega llanura
Se vuelve a ver la figura*

de Don Quijote pasar...

Y ahora ociosa y abollada va en el rucio la armadura,

Y va ocioso el caballero, sin peto y sin espaldar...

Va cargado de amargura...

que allá encontró sepultura...su amoroso batallar..

Por la manchega llanura,

se vuelve a ver la figura de Don Quijote pasar...

va cargado de amargura...

Va , vencido, el caballero, de retorno a su lugar.

Cuántas veces, Don Quijote,

por esa misma llanura

en horas de desaliento así te miro pasar..

Y cuántas veces te grito:

Hazme un sitio en tu montura

Y llévame a tu lugar.

Hazme un sitio en tu montura, Caballero derrotado,

hazme un sitio en tu montura

Que yo también voy cargado de

amargura...y no puedo batallar.

Ponme a la grupa contigo,

caballero del honor,

*Ponme a la grupa contigo
y llévame a ser contigo....pastor*

*Por la manchega llanura...
Se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar...▲*

Colegio de San Nicolás, abril de 2005.



El hombre de las tinieblas

Ernesto Hernández Doblas

Poeta y Ensayista

5 abril de 1915. Fecha en que nació uno de los más grandes poetas que estos rumbos hayan dado a luz. A luz y a sombra: a tinieblas. El pueblo de Jiquilpan fue el inicio de esa aventura existencial llamada Ramón Martínez Ocaranza. Caracol de las edades y de la muerte. Época la de su nacimiento marcada por la lucha. Nos lo dice en su auto-bio-grafía: *Y el día en que yo nací, entraba a mi pueblo el señor de la guerra don Francisco Murguía, carrancista indomable, que agitaba sus signos en el Destino de la revolución*. Días de polvo y pólvora, de sangre y hambre, días de guardarse en una espina. No

es extraño entonces que su vida siguiera marcada por las leyes de la contradicción y la guerra hasta el final de sus días que fue el principio de sus eternidades.

5 de abril de 1915. Signo Aries: *Fuego cardinal, marca el principio de la primavera. Es a la vez el calor violento que ha estado latente largo tiempo bajo la tierra y que irrumpe horadando la corteza terrestre y las primeras luces juguetonas del alba*. Ramón Martínez Ocaranza vive sus primeros años entre el fragor de la batalla, pero también entre los cantos dulces de la naturaleza. Marcado por la belleza y lo terrible. Recordemos a Rilke y su *Todo Ángel es terrible*, así que con seguridad, el niño Ocaranza no dejó de mirar lo terrible de la belleza y lo bello de lo terrible en conjunción poética. Es en el seno familiar donde comienza a beber las infinitas potencias de la literatura, por medio de su padre y algún maestro que en la escuela le enseñara que los caminos

de la palabra son formas de encender la vida. Sin embargo, tal vez (sólo tal vez) su manera de ser y estar cambiaron radicalmente cuando ingresa al Colegio de San Nicolás. Como si de alguna manera, toda su infancia y parte de su adolescencia fueran un preámbulo de la novela que en esa Institución iniciara: la novela del destino trágico. Trágico, como todo destino verdadero. A los 17 años el joven Ocaranza conoce a los que marcaron para siempre su signo bio-gráfico, escritores y amigos que lo moldearon en el fuego del juego literario y existencial, sin línea divisoria entre los dos. Dostoyevsky y Enrique Ramírez y Ramírez, Stefan Sweig y Salvador Equihua; unos desde la verticalidad del Ser y otros desde la horizontalidad del lenguaje, pero ambos con herramientas para que las escaleras del poeta crecieran en el tiempo.

¿De que está hecha la bio-grafía de un ser humano? De intensidades. Hechos van y hechos vienen pero sólo a través de las intensidades, de las intensas-edades, se puede intuir la verdadera vida que deviene. Los gerundios son más importantes que los museos. Tres son las intensidades que Ocaranza vivió y murió: la de la poesía, la de la docencia y la de la política. Tres por uno, es igual a Ser.

Ocaranza nunca dejó de considerar que el comunismo era la vía por la cual conducir a la humanidad por mejores senderos. En el año de 1934 –como relata en su *Autobiografía*– ingresó a la Juventud Comunista, a partir de ahí seguiría participando de alguna manera u otra en la lucha de los pueblos. Ya sea en su poesía o en incendiarios discursos, en su labor docente o en su amistad con amigos y compañeros de embarcación, nunca se detuvo ante cualquier dificultad si se trataba de alzar la voz en contra de las injusticias que forman parte de la enfermedad del ser humano. Esta entrega le hizo caer en la cárcel de esta ciudad, acusado de disolución social, motín, incitación a la violencia y otros cargos más. Lo cierto es que un poeta es peligroso para el Poder, pero un poeta con conciencia social es doblemente peligroso y el gobierno de Arriaga Rivera se dio cuenta de que necesitaba callar ese grito que se elevaba por encima de la polución. No lo logró. Era imposible. Tan sólo propició –sin darse cuenta– que el poeta escribiera uno de sus libros desde el sitio más y menos adecuado para ejercer el oficio de *campeador de sombras*: la cárcel. Pero las rejas no matan si el que las vive las convierte en material para el poema de su vida. Así, hasta el final de su vida Ocaranza mantuvo una ética social sin vuelta de hoja.

Ocaranza nos comparte en su *Autobiografía* que fue el Licenciado don Gregorio Torres Fraga quien lo nombró profesor del Colegio de San Nicolás. Durante 26 años entregó sus conocimientos y su pasión por la literatura, en especial la mexicana y la indígena en particular. Esta actividad era para él algo más que una forma con la cual ganarse la vida, era más bien una forma de seguir ampliando sus propios conocimientos.

Completamente seguro de que la mayor ganancia de enseñar es aprender. Fruto importante de esos años son los libros de Literatura Novo-Hispana, el cuaderno de Literatura Indígena y el libro de Poesía Insurgente, quedando inéditos algunos textos más con esta intención de enseñar a las más jóvenes generaciones parte importante de nuestro pasado, que sin duda alguna es nuestro presente y proyecta sus luces y sombras sobre nuestro futuro. Son muchas las anécdotas que giran alrededor del Ocaranza docente, en su mayoría lo dibujan como un maestro apasionado que no dudaba en hacer todo lo posible para mostrar con claridad la importancia de la Literatura como forma de imaginación pero también como forma de vida. Ética y estética unidas. Algo que desgraciadamente muchos poetas en la actualidad han olvidado por completo.

¡Tu Destino es una metáfora! Me dijeron las brujas. Y yo seguí el sendero que ellas me marcaron. Desde entonces la metáfora de la realidad era una realidad de la metáfora. No había más digna realidad que estructurar los signos de lo que es y de lo que no es con los signos del Verbo hecho canción. Encerrada canción, sin puertas ni ventanas. Solo abiertas a la soledad de los vientos. Y me hice poeta. Pensé que ser poeta era la profesión que me acercaba a lo terrible. Y yo amaba lo terrible. Lo misterioso. Lo enigmático. Ramón Martínez Ocaranza es ante todo Poeta. Toda su vida se da en el signo de la poesía, pues comprende que ésta no se encuentra únicamente en el poema. Federico Nietzsche quería hacer de su vida una novela digna de ser contada, Ramón Martínez Ocaranza quería hacer de su vida un poema digno de ser cantado, ambos lo lograron. En los textos del poeta michoacano se encuentra su mejor biografía, él lo dijo: *La única biografía de un poeta es su canción y la metáfora de su muerte. Lo demás es retórica vacía. Retórica podrida y vacía.* ¡Vaya manera de callar todo lo accesorio, todo lo que sobra después del texto escrito! Por eso, aunque existamos personas interesadas en dar a conocer la obra de este gran poeta, por la importancia que en varios sentidos tiene para la literatura, y sobre todo como una manera de compartir nuestros deslumbramientos, no debemos dejar de lado la cuestión esencial: lo importante de Ocaranza está en sus textos y leerlos es el mejor homenaje que puede hacerse.

Es autor de más de 15 libros entre los que se encuentran: *Al pan pan y al vino vino, Elegía de los triángulos, Patología del ser, Elegías en la muerte de Pablo Neruda, Otoño encarcelado, La edad del tiempo y Muros de soledad* entre otros, además de una cantidad importante de material inédito. Ocaranza es el poeta de la intensidad, el de las preguntas fundamentales; comprende que la poesía es un espacio fértil para el pensamiento y para la verdad y en ello le va la vida y la muerte. ▲

5 de abril de 1915 / 5 de abril del 2005.

Una poetica del lado *sufridor*

Leopoldo González

Escritor, ensayista, poeta

Entre la publicación de sus primeros cuadernillos y poemarios (*Al pan pan y al vino vino*, 1943 / *Ávido amor*, 1944) y la publicación de la primera selección de poemas que hizo de su obra (*El libro de los días*, 1992) transcurren cuarenta y nueve años de una actividad poética desarrollada a plenitud en cada uno de sus tiempos, reconocible en la resonancia y la tentativa de cada una de sus estaciones, delimitable y separable en



sus distintos periodos estéticos, pero fiel, siempre, a lo que quiso decirnos desde la heterodoxia de su escritura, a lo que quiso comunicarnos en cada una de sus etapas en que buscó afirmar el sello de su propia singularidad, de su personalísimo modo de decir en la poesía mexicana del siglo XX.

Martínez Ocaranza es un poeta trágico. Es decir: iluminado y transfigurado por la tragedia; resuelto en llamas o escalpelo a la hora de nombrar con su pluma las contradicciones y miserias del diario vivir; transformado en ardiente sol terrestre en el instante de formular preguntas y manifestar desacuerdos frente al orden cósmico; afinada conciencia verbal en la desnuda soledad de la página en blanco, en el momento de elegir el ser de las palabras y su acomodamiento exacto en el cuerpo del poema. Milímetro a milímetro, su vida y su obra son un emblema de la resistencia —en un siglo y en un país donde no faltaron referentes ideológicos y culturales de ésta estirpe— porque Martínez Ocaranza era uno de esos poetas dolorosos y dolientes, uno de esos poetas trágicos que iban por el mundo llevando el impulso de su verdad.

Con todo y que su pensamiento conoció vislumbres ideológicos y político-sociales, Martínez Ocaranza es, ante todo, una conciencia intelectual y poética que denunció el desencuentro de aquellos años entre el poder político y la sociedad mexicana, que tomó partido por las causas sociales y universitarias del México del siglo XX y se asumió como un hombre de izquierda. Es decir que fue —y es— un poeta que dio testimonio de su tiempo y tuvo el valor de creer y de pensar en un orden distinto.

Ser poeta es una condición difícil todo el tiempo y en todos los tiempos. Por eso, el poeta de *Otoño encarcelado* declara:

*Fui tan desventurado en aventuras,
Que solo tuve ausencias de contento.*

.....

*y van las cuentas de mis desventuras,
Cobrando mi dolor, al cien por ciento.*

En efecto, se plantea una fisura interior, siempre en espera de solución, en aquel que lleva en su lenguaje el oráculo de los dioses y a la vez conduce signos y certidumbres de una “patafísica” de lo inmediato; intentar captar el misterio del universo, la perfección de los cuerpos geométricos o la belleza de la flor en cada pétalo, y descubrir sus contenidos latentes para que el poema sea el cable de alta tensión donde vibre la música del cosmos, es tarea de poetas que reclama vigor, asombro y la sabiduría de la humildad; ser alguien que trabaja el instante hasta caer rendido, hasta las lágrimas o hasta sangrarse, es condición del poeta.

En Martínez Ocaranza están presentes todos esos *mundos* de la poesía y el poeta, pero también giros y alientos, obsesiones y acordes que llegarían a ser característicos en su obra.

Poco a poco, grandes porciones de su poesía fueron envueltas por una especie de estética de la derrota y el naufragio, como si su escritura intentara dibujarnos ese mundo en penumbras de la primera mitad del siglo XX: precisamente bajo una bóveda de oscuridad, tieso y pesado, sin salidas, donde hace un alto y declara:

*Estoy aquí,
En el mar,
Bajo el cielo del mundo
Y de la muerte,
Golpeando los candados de un destino.*

En ocasiones poeta del dolor y a veces poeta del desencanto, Martínez Ocaranza parece traer en su obra un rumor impotente de suelas gastadas antes de entrever el horizonte; de sueños y proyectos embriagados de primavera que no alcanzaron a tocar los párpados dorados del otoño; una luz interior que, pese a todas las adversidades, persistió en la fuerza de su propia flama.

Por motivos relacionados, probablemente, con su dramática experiencia de vida y su visión del mundo, su poesía (sobre todo en *Río de llanto*, *Elegía de los triángulos* y *La edad del tiempo*) trae siempre un rumor de holocausto y el anuncio de una devastación interior.

La conciencia del desamparo, que persigue a todos los hombres desde el origen y en el poeta se transforma en angustia creadora, soledad metafísica y sed de absoluto, en Martínez Ocaranza es todo eso, pero también desolación, ansiedad frente al desierto de la uniformidad social, conciencia de los propios límites, desesperación vital ante los abismos interiores, resistencia y rebeldía de poeta buscando el otro orden de los seres y las cosas.

Los néctares de la amargura o, si se prefiere, del pesimismo crítico, viajan muy hondo en el corazón del poeta y buscan la imagen áspera, la centella verbal, el silencio expectante y un aliento de azufre para trazar el mapa de vuelo del poema. Tal vez a ésta condición, y a su sensibilidad de terrestre incurable, se debe que buena parte de su obra parezca transportar -como sello inconfundible- escamas de un lenguaje anterior al lenguaje, relojes de un tiempo herido, pequeñas volutas de niebla arrancadas al camino, polvos de salitre, hojarasca, suelas gastadas y una que otra mentada de madre para los prójimos que no llegan a ser prójimos ni de sí mismos.

La idea que echó a caminar mundo la maestra Teresa Perdomo, de que hay *dos tapas claramente definidas* en el quehacer poético de M. Ocaranza, es una idea certera. La pregunta que sale al paso es, en todo caso, dónde clasificar los *materiales* publicados por el poeta antes de 1951.

Al margen de *Al pan pan y al vino vino* (1943), donde ya se anuncian con claridad un tono y un estilo personales de decir; fuera del hondo y radiante suspiro interior que es *De la vida encantada* (1952), donde el poeta parece haber encontrado el *cómo* y el *por qué* para vivir de que hablaba Nietzsche, lo mejor de Martínez Ocaranza está en las palabras y metáforas que lo sitúan como un poeta iluminado por la tragedia, pero en la tradición que incluye a Baudelaire, Bataille, Rimbaud y Bukowski.

Si en Nagarjuna la dialéctica es la negación universal y, por su parte, en Hegel la negación es un momento creador del proceso: es decir, la negatividad como vía hacia el ser, lo que Nietzsche vino a enseñarle a Occidente fue que la filosofía podía cantar. Así, en escalas de vigilia y sueño, Occidente ha inventado la negación creadora.

Ramón Martínez Ocaranza es entre nosotros el poeta de esa negación, cuando en *Alegoría del llanto* dice:

*Duro es el tiempo de la cólera
 Cuando mi ser, enloquecido,
 Se arranca pedazos de alma contra el viento
 Y muerde su esperanza
 Hasta dejarla llena de manchas moradas o de sangre
 Y se retuerce en trances de agonía
 Pidiendo violentamente la comprensión de su locura.*

O cuando, como si fuese entre nosotros la lengua transplantada de Nietzsche, en *Tierra de perros* afirma:

*El hombre es un camino
 Que mata la luz de los caminos.*

*Nació para llorar sobre las piedras.
 Y solo sabe de la edad del grito.*

Ese tono es uno de los más claros y rotundos de su poesía pero, al mismo tiempo –como ocurrió con otros poetas de su generación o cercanos a ella– lo mejor de su obra tiene algo de lucha encarnizada con Dios, unas veces resuelta en llanto y alarido, otras en forma de profanación y blasfemia, pero siempre increpando y denunciando los clavos o la corona de espinas de la ciudad humana. Esta heterodoxia poética

recorre, uno a uno, los versos de *Patología del ser* y el acento medular de *Vocación de Job*. Desde la irreverencia, el poeta nada más pregunta y, cuando mucho, afirma:

¿Conoce usted a Dios? Déme su número

Para morir por él en un teléfono.

.....

¿Usted se mira en Dios cuando se mata de amor en un espejo?

.....

Mi nombre es Job,

El hijo de las lágrimas;

Voz del Predicador y los desiertos;

Blasfemador y puro...

Algunos poetas son, a veces, seres de una gran tristeza metafísica: porque son individuos de causas irrevocables y no de medias tintas; porque los desarraigos y otras pérdidas son en ellos anticipaciones de la muerte; porque su mundo interior es un mundo de emociones extremas; porque llevan auestas el atrevimiento de Prometeo, la piedra de Sísifo y el alfabeto de Job; porque la soledad es la punta más afilada del pensar y del vivir; porque las preguntas sin respuestas definitivas siguen siendo la sangre del poema.

Sin duda, muchas de éstas y otras cuestiones estéticas han marcado la obra de Ramón Martínez Ocaranza.

Aquí lo recordamos y lo homenajeamos hoy, desde los cálidos y fraternales recursos de la memoria y la poesía, por lo que es y por lo que representa: la esperanza intelectual y el ícono poético de una generación que realizó en él, y a través de él, lo mejor de sí misma.▲

22 de Abril del 2005.



Un rebelde con causa

Ramón Méndez Estrada

Poeta

Paradigma de los artistas consecuentes con sus convicciones profundas, novicio con 19 años cumplidos en la muerte, de la que fue experto en vida, el inolvidable poeta michoacano Ramón Martínez Ocaranza, que la crítica oficial del país ha querido

borrar del panorama cultural nacional a fuerza de omisiones, vive en mirada y voz de un selecto grupo de lectores.

Si su obra —una mínima parte publicada cuando vivió y otra aun más pequeña en forma póstuma—, extensamente inédita, es una ilustrativa y nutricia lección maravillosa, su vida es ejemplo tal vez más vivificante y entrañable.

Irreverente, irónico, de una inteligencia clara y mordaz, cuyas demoledoras críticas al prójimo contemporáneo lo hacía temible, era a la vez un amigo sincero y un maestro comprensivo.

Una novela que alguna vez quemó daba cuenta tal vez de sus andanzas, pero ese secreto se lo llevó a la tumba. En cambio, abundan las anécdotas de su paso por este mundo en que vivió entre enanos.

Por ejemplo, la noche en que con Pablo Neruda, cuando éste era embajador de Chile en México, tumbaron a pedradas los focos de los postes de energía eléctrica junto al Lago de Pátzcuaro, y tuvieron que pasar la noche en la cárcel municipal, pues los policías pueblerinos no dieron crédito a las acreditaciones del diplomático chileno ni del profesor de la Universidad Michoacana.

O cuando, tras la abrumadora lectura de un extenso texto de Jaime Labastida con una mal asimilada y evidente influencia de cierto vate tabasqueño hace poco en estas mismas páginas recordado, aquél le preguntó al maestro Ocaranza, al darse cuenta de que estuvo presente en su recital, *¿qué te pareció mi poema?*, y éste le contestó: *¡Una chinga sin fin, Jaimito!*, lapidariamente.

Una más, en que los alumnos del Colegio de San Nicolás esperábamos su llegada a clase en la puerta del aula, y uno preguntó: *¿Si vino el maistro de Literatura la clase pasada?*, y a la respuesta afirmativa apuró una segunda inquisición: *¿Y qué dijo, el güey?*, sin darse cuenta de que el profesor ya estaba a sus espaldas. El azoro en los rostros de los demás lo hizo voltear y disculparse. A lo que el maestro contestó: *No te preocupes: sé que es un apéndice que se te quedó en el lenguaje. Por lo demás, la única que puede saber de eso es mi mujer.*

También, cuando fue hecho prisionero, primero en el cuartel militar de Morelia y luego trasladado a la penitenciaría estatal, acusado de instigar el movimiento nicolaita de 1966, no obstante que el maestro fue capturado en su lecho de enfermo, donde padecía un ataque de gota. Tiempo que aprovechó para escribir *Otoño encarcelado*, un libro de sonetos de amor y filosóficos, sin mención de la cárcel, cuya publicación le ofreció el gobierno del estado, junto con su libertad, a cambio de que lo titulara *Otoño encantado*. Ocaranza se negó, siguió preso, y dos años después publicó el libro en México bajo los auspicios de Pájaro Cascabel.

Y tantas más, que juntas formarían un grueso volumen. No vienen al caso. Valga sólo decir que todas y cada una dieron testimonio de su lealtad a sus convicciones, de su ejercicio de hombre libre, que no transó, y probaron así su justa rebeldía, su causa rebelde. ▲



Tigres del tamaño del odio, la poesía de Ramón Martínez Ocaranza

Mario Raúl Guzmán
Poeta

Ramón Martínez Ocaranza (Jiquilpan, 1915-Morelia, 1982) miró desde muy joven, bajo el sol que arde a mediodía o en la noche – cada una de sus ráfagas es impagable

bendición– algunas de las cosas que valen la pena ser vistas. Y jamás desde entonces pudo pegar el ojo. Y ya no quiso dejar de creer en el Misterio. Y sus negras nubes no cesaron ya de amar los claros espacios donde el hombre se afana y se entristece y olvida y reemprende su trabajo de nuevo –un trigo pudriéndose allá en el vagón de los usureros.

En 1948, cuando Martínez Ocaranza cruzaba la línea crística de los 33 años, aparecieron poemas suyos en la revista *América*. Afloraban allí, pálidamente, las virtudes líricas y las preocupaciones temáticas que tiempo después, gracias a la entrega ilimitada de sí mismo, alcanzarían la plenitud sombría y poderosa de sus últimos libros. La travesía en barco y la aventura en tierra de Martínez Ocaranza, registra prolongadas estancias en el ámbito clásico griego, en las cosmogonías náhuatl y purépecha, las terribles batallas morales de Dostoievski, la espiritualidad rilkeana, la mitología hebrea, la belleza trágica de Dante, los cuadros portentosos de Shakespeare, el bagaje nerudiano y uno que otro *maniquiur* del archipiélago poético contemporáneo.

La intuición creadora de Martínez Ocaranza es la de un saqueador prodigioso: para la fundación de su retórica, para la construcción de su rito, echa mano de una variedad riquísima de elementos que él mismo ha puesto previamente a su alcance, modificándolos según necesidades expresivas y sumergiéndolos en un torrente que es entrañablemente suyo. Martínez Ocaranza biblifica su lenguaje cuando su niebla profética recorre y da testimonio de las ruinas del Siglo XX. A golpes de marro esculpe sus ángeles *terrilkes*; a su oído experto bajan metáforas oscuras sus relámpagos o latigazos sentenciosos le vienen como herencia de voces ancestrales; su experimentación de sedimentaciones culturales diversas, da lugar a ensamblajes o apareamientos que conmueven y sorprenden. Y su desesperado amor a lo que anima sobre la superficie, acecha y salta entre las imágenes más amamantadas por la ternura. Algunas zarzas de fulguraciones de su poesía –particularmente los lampos desperdigados en *Patología del ser*– son un amasijo de contradicciones y de picardía.

Martínez *Oclownranza* me tiene loco con su vacilón. Pero hasta en ese campo de cultivo, ahí incansable barrenador el dislate, se agitan o se encrespan las semillas de la catástrofe, la necesidad que el hombre tiene de angustia, del abrojo y el cardo. Su técnica, en esta parte de su obra, es tragicómica, y le permite una alternancia de planos satíricos y desgarrados. En un puerto, en una cueva abandonada, en las escalinatas del templo prehispánico, en el múltiple y Uno escenario del mundo, Martínez Ocaranza reúne a Noé, Quetzalcóatl, Moisés, Caín, Kurikua-Aueri, Eva, Beatriz, Anacreonte, los hermanos Karamazov, Lady Macbeth, la Coatlicue y el príncipe Muishkin, entre otros, y el oyente, el espectador, el que escucha se azora en medio de un caos de luces y sombras.

La síntesis personalísima, la síntesis del *cuicatlaliani* Ocaranza, sus cualidades eufónicas y humanísimas, los personajes enzarzados y su acción sobre la tierra, su dormir en tierra, es lo que me interesa y sacude del trabajo de este creador del que, por

cierto, ningún estudio o panorama general de la poesía mexicana da señal de existencia. Pero ni sudo ni me acongoja el que las antologías para *sandrocohens* como la de Carlos Monsiváis o la hispanoamericana de Juan Gustavo Cobo Borna, ignoren la obra de Martínez Ocaranza. No es el primero ni será el último caso en que el dedo índice de la política cultural intente tapar el sol de aquéllos que no transan ni con el éxito de los detergentes pacianos ni con la jerga de las cofradías burocráticas. A todo establishmen, las fluctuaciones de cuyo mercado de valores habría acaso que someter al estudio, le llega su hora de podredumbre. En el tren del olvido han querido trepar a Martínez Ocaranza para así facilitar la tarea de quienes intentan reducirlo a la mera condición de gloria poética michoacana, algo así como la palabra más amada del terruño. ¡Nel! Unas cuantas consistentes brazadas bastan para percibir que su torrente va hacia el mar metafísico donde también desembocan los ríos llamados Martín Adán (peruano), César Dávila Andrade (ecuatoriano), Alfonso Cortés (nicaragüense), Eunice Odio (costarricense) y Orlando Guillén (mexicano). Estoy hablando, salvadas las distancias y los destinos de una parte de sus caudales. En tal contexto hispanoamericano es donde, por razones de justicia inmanente, hay que situar la obra de Martínez Ocaranza –al margen de la de la franja geográfica que a su persona física le tocó en suerte y habida cuenta de que la beligerancia de la tribu humana lo registra entre sus chidos combatientes.

Poesía amorosa la suya; poesía vehemente: enigmática y calcinante. El *tlacatecóloli* Ocaranza. El viejo cabeza de obispo. El bebedor de venenos delirantes. El que besó laas llagas de la alondra. El herrero de la ventana enloquecida. A varios años de haber pirado es paso a desnivel de los astros un verso suyo: *Los poetas son Verbo que consagra con la muerte.*▲



Vivir, soñar y morir
en Morelia, decisión
por amor de Ocaranza

Juan Cervera
Poeta

Vivir, soñar y morir en Morelia puede ser el ideal de un poeta. La ciudad es, calle a calle. En Morelia vivió, soñó y escribió, para morir un día, y vivir allí para siempre,

Ramón Martínez Ocaranza. En el cementerio municipal de esa ciudad de cantera

rosada descansan sus restos mortales. Pero en la urbe entera habita su espíritu. Y sus libros. La voz de Martínez Ocaranza permanece en cada uno de sus poemas, que nos hablan al oído y al corazón para decirnos: *Porque crecemos con la muerte a solas./ Y porque las parábolas no quieren/ matar los lirios de la geometría.*

Martínez Ocaranza continúa vivo en la permanencia de la palabra poética, que no tiene edad, que no conoce la muerte: *siempre recordarás aquella tarde/ de pianos enlutados/ cuando decías que Rilke no sabía/ el nombre de la primavera./ Los sueños iban por las heredades/ de un mundo sin contornos./ Y tú tenías razón: de las tabernas/ salían los bosques dorados del otoño.*

La poesía de Martínez Ocaranza, que es preciosa y generosamente universal, escrita y vivida en Morelia, tiene ese sabor que únicamente tiene la antigua Valladolid.

Estoy convencido de que la poesía de Martínez Ocaranza está todavía por descubrirse. Siento que no se ha profundizado como se debiera en su mágica realidad. Creemos empero que algún día encontrará al lector y crítico inteligente que la descifre. Pese a su muerte, acaecida en la penúltima década del siglo pasado, Martínez Ocaranza es un poeta del nuevo milenio. Su juventud sin fin jamás será sepultada. Durante su vida, para algunos, no pasó de ser un buen profesor de literatura y un poeta interesante, tocado por el surrealismo.

Él, con humildad provinciana, solía decir, y dejó testimonio de ello: *El acontecimiento más grande de mi vida consiste en haber sido profesor de Literatura Mexicana en el Colegio de San Nicolás durante 27 años.*

Fue un amante rendido de Morelia, decía: *Mi ciudad es Morelia, mi signo de poesía.*

El primer libro de Ramón Martínez Ocaranza aparece precisamente en Morelia en el año de 1942. Ese mismo año se publica allí, de manera anónima, el titulado *Al pan pan y al vino vino*, que la crítica elogió. El nombre del autor no se sabría sino hasta mucho después. La mayoría de sus libros son impresos en la ciudad de sus amores. Y también algunos muy importantes ven la luz en la Ciudad de México, entre éstos *Otoño encarcelado* y *Elegía de los triángulos*.

De la poesía de Martínez Ocaranza, el destacado crítico Raúl Arreola Cortés expresa: *Es de categoría universal, tras las huellas de sus arquetipos fascinantes, es un proceso de constante cambio, en que la intuición y la técnica depuran la creación poética en forma permanente.*

Ramón Martínez Ocaranza nació en Jiquilpan de Juárez el año de 1915. Paisano de Anastasio Bustamante y de Lázaro Cárdenas. De niño gustaba pasear por las célebres *Barrancas del Aire* y de *Los Laureles*, que le dejaron impresos en su alma fabulosos recuerdos. La vida es un fábulas inexplicable en movimiento y quizá sin moraleja. Llega siendo muy joven a Morelia. La ciudad, como una visión de la muchacha que se convierte en nuestra primera novia y luego en la mujer de nuestra vida, lo enamoró para siempre. Entre Martínez Ocaranza y Morelia jamás hubo divorcio y apenas breves distanciamientos.

Pasados los años y recordando aquellas primeras impresiones escribiría: *Morelia es una ciudad poética que abre sus tiernos brazos de cantera a los poetas que quieren vivir en ella. Y no guardo rencor a los morelianos que van a otras partes en busca de fama y de fortuna. Se vive en Morelia por amor. No por necesidad. Yo abandoné mi trabajo varias veces en la Ciudad de México por volver a Morelia.*

Se confiesa Martínez Ocaranza. Confiesa su amor a Morelia y siguiendo el hilo de esa confesión, con el alma en la mano y adivinando la muerte y su eternidad, relata:

No traicionaría al cementerio antiguo de Morelia donde yacen los restos del gran poeta fray Manuel de Navarrete y el dulce polvo de canónigo y poeta Francisco Alday. No traicionaría el cementerio antiguo de Morelia por ningún cementerio del mundo. Me gustaría subir, ya muerto, a la muralla nororiental del cementerio de Morelia, en las lunas de octubre, y desde allí contemplar el conjunto arquitectónico de la catedral y de las torres de la ciudad construida por los ángeles, no por los morelianos.

Así sentía, vivía y moría anticipadamente Ramón Martínez Ocaranza su devoción ilimitada por Morelia. Y es que Morelia, como él testificaba, es una ciudad hecha para el amor, aunque a veces en ella, como en todas las ciudades humanas, también quepa el desamor inevitable de los corazones. Esto aparte, nosotros sentimos, con Martínez Ocaranza, que Morelia es amor sobre todas las cosas.▲



Grito en las sombras

Busco la luz que un día los dioses crearon por olvido.
 La luz que se hizo pulso palpitante sobre los brazos de la tierra.
 La luz que fue un crecer desesperado de puños y congojas.
 La luz que se hizo verbo en los sollozos del héroe abandonado.
 La luz que ya no existe entre los hombres
 porque la devoraron las tinieblas.



¿Y que son las tinieblas?
 ¿Qué la furia del ser que las propaga
 por los cauces del mundo,
 si en la noche del llanto desatado
 se afianza el fiero grito
 del héroe y su divino pensamiento,
 de su luz material de ardiente espuma,
 del ámbito que tiembla y se desgarrar
 por sus inmaculadas esencias substantivas?



Porque si ya la luz se encuentra en las tinieblas,
 ¿en dónde están los héroes
 que la rescaten para el hombre?



¿El hombre es la tinieblas?

Porque si el hombre es las tinieblas,

entonces la luz existe entre los hombres
y son los dioses mismos
los encargados de rescatarla a sus imperios.

Pero si el hombre es las tinieblas,
y además es la luz,
¿en donde está la luz,
y qué son las tinieblas?

La luz está en el hombre
y las tinieblas forman su contrario,
de tal manera obscuro,
que la luz crece a golpes de esperanza
en medio de los muros
que las propias tinieblas
construyen para asir su muerte pura.

Y, entonces,
¿qué es el hombre?

Es un gran campo de batalla oscura
en medio de relámpagos y sombras
donde la angustia un día llega a ser verbo
de pura convicción y de dominio.



II

Porque la luz existe.

Pero, ¿quién puede decir que la ha poseído,

si no ha muerto por ella,

su palpitante cuerpo ensangrentado,

su pura inmolación de espiga y fruto,

su eterna soledad de arcángel triste,

sus átomos de gracia nutritiva,

su caracol que advierte los caminos del hombre?



III

Háblame tú, sueño implacable de la erínia:

señal trastocadora de la substancia humana:

perenne dictador; alto designio

de nuestras culpas, hijas de la tierra.



Dime por qué la bestia y la paloma,

el gusano y el águila,

enfrentan sus poderes

en esta casa de sueños y ceniza;

en estos corredores de nostalgia;

sobre estos muros llenos de arcángeles malditos.



Dime de la batalla el fin oculto;

de quién es la victoria;



si han de triunfar la bestia o la paloma,
el gusano o el águila.

Porque de los contrarios se ha nutrido
el destino del hombre
desde antes de los siglos;
antes de que los astros se encendieran;
mucho antes de la luz y las tinieblas;
desde la edad del caos misterioso
donde apenas se hablaba de preludios
de llanto originario.

IV

Y así los hombres vamos inquiriendo
las causas de las esencias más antiguas
del hondo batallar contradictorio
que habita la raíz de nuestro sino:
cuál es la causa unánime del crimen
que alzó sus brazos rotos
sobre la casa del mendigo ciego;
por qué los hijos se levantaron en contra de sus padres;
qué tentación obscura cegó al hombre
que se abrazó del sexo de su madre;
qué lágrima vital cayó en la tumba
del odio fraticida;



por qué las hembras vieron su sexo arrebatado
 contra su poseedor de alas guerreras;
 por qué los dioses fueron contra el hombre;
 por qué lloró las lágrimas del mundo
 el ángel de los siglos;
 por qué los hombres son el eco de un crimen milenario;
 por qué razón maldita de la contradicción nace la esencia
 del tiempo y el espacio,
 de la historia, del hombre y de las lágrimas.



V
 Pero los hombres vamos en busca de la luz.



VI
 Oh, luz, divina luz
 que en el transcurso del tiempo reapareces
 como vivo relámpago



quebrando las tinieblas
 de la terrible soledad humana:
 ¿Qué espada inmemorial podó las ramas
 del árbol de tu sexo?



¿Qué genio de metales encendidos,
 tal un inmenso mar de odios poblado,
 cayó sobre la obscura superficie
 del corazón del hombre, despreciándolo,

siempre despreciándolo,
como desprecia el mar los huesos turbios,
en nombre de tu ser de pura espuma,
hasta la noche trágica del tiempo?

VII

Del llanto en las tinieblas nació el verbo.
El verbo antes del caos y la esperanza.
Antes de todo fueron las tinieblas.
De las tinieblas se engendró la lucha:
la lucha entre la bestia y la paloma,
entre el arcángel y el gusano,
entre la luz y las tinieblas.

VIII

Y en esta lucha el hombre se enloquece.

De *Muros de soledad*. La Espiga y el Laurel. Morelia, 1951.



Poemas salomónicos

—
5
—

Por las serenas aguas de los ríos,
dulcísima canción iba cantando.
Y no recuerdo ni por qué, ni cuándo,
se me perdieron los amores míos.

Posiblemente fueron desvaríos
que se formaron al estar soñando.
Y desde entonces vivo recordando
la dispersión de todos mis estíos.

Yo miraba pasar las primaveras
por las dulces verduras de las eras,
y no conté con que morían las flores.

Porque cuando vagamos por la vida,
en barca de papel siempre dormida,
despertamos un día, ya sin amores.

Morelia, Diciembre 15-66

Mi soledad, muralla de mí mismo,
consolidó la luz de mi conciencia.
Porque la soledad es la presencia
de lo que no se forma de espejismo.

Por las orillas de mi silogismo,
como por una gran circunferencia,
en soledad, el árbol de la ciencia,
multiplicó sus círculos de abismo.

Pero la soledad sería
una pura metáfora vacía,
si por su centro, signos no giraran.

Como para cumplir los testamentos,
se necesitarían argumentos
Que de sus cumplimientos emanaran.

Morelia, Diciembre 17-66

De Otoño encarcelado. Pájaro Cascabel. México, 1968.



Elegía de David

I

Como cuando pateamos las raíces podridas de la tierra.
O como cuando vemos los pétalos de las magnolias maltratadas.
O cuando recorremos los ataúdes de la conciencia.

II

Mejor será multiplicar los muros de la contradicción.
O quebrantar los diccionarios.
O destrozar las escaleras.

III

Porque de cada quién según los héroes de sus novelas favoritas.

IV

Eso terrible de quebrar candados.
O de reconocernos en la muerte.

V

Cuando se pudren las antologías.

VI

Cada Caín es un reloj de escupideras.
Es un versículo podrido.
Su verbo macular es la sintaxis de la purulencia.

Y por cada Caín hay una tienda donde se venden libros para idiotas.

VII

Pura podrida megalomanía.

VIII

Cada Caín con su mitología.

IX

Caín es una sombra de murciélago que viene de la sombra.

La sombra de la sombra de la sombra.

X

¡CUÁNTO CAÍN CAMINA POR LA TIERRA!

IX

Cuando Caín fornicar con el diablo

Se apagan las estrellas.

Los manicomios deletrean su muerte de ácido sulfúrico.

Y las madrotas del Apocalipsis

Le danzan a Botán,

La nueva bestia

De los burdeles sudamericanos.



XII

A veces me dan ganas de penetrar las tumbas con culebras.

Con sueños.

Con zapatos.

De ir por las edades

Como Jonás:

En medio de las sombras.



XIII

Porque la obra más imperfecta de Jehová es este mundo

donde Caín fornicaba con el diablo

y en donde las culebras se masturban

con los escombros de la zoología.

XIV

Porque si Dios me oyera,

le pediría perdón por mi pecado

de haber nacido

en este mundo de locos.

Pero ya no hay perdón.

Hay que ser hombres.

Hay que aguantar las chingas de la Historia.



XV

Cuando llega David vestido de uvas;
de manicomios,
Y de caracoles.
-bello David de la sabiduría-
los ángeles recogen sus caminos
y los gritos del mar abren sus puertas.

XVI

Pero David quebró todas las arpas de la tierra
para llorar de rabia.
Quebró todas las puertas de sus ojos.
Y se rajó la madre contra el viento.

XVII

Fue cuando el gran Jehová se bebió todas las tabernas del mundo
por vergüenza del hombre.
Bebió para morir su muerte oscura.
Le dieron ganas de quebrar los huevos del alba de la vida.
Se suicidó por su siniestro oficio de arquitecto de idiotas.

XVIII

Pero David quebró todas las arpas de la tierra
para llorar de rabia.

Quebró todas las puertas de sus ojos.
Y se rajó la madre contra el viento.

Morelia de Coral Ceniciento.
Octubre 18 del año maldito de 1973.

De Elegías en la muerte de Pablo Neruda. UMSNH. Morelia, 1977



Paranoia

A Ofelia

I

Miedo de ser
El cero
De la izquierda
Que no tiene derecho a la ternura.

II

Ni a compartir
Su llanto
Con la muerte.

A Quetzalcóatl escarnecido

Septiembre 24 de 1968

I

Tuve la convicción de que las líneas
del triángulo
lloraban
para quebrar los muros.

Poco a poco
se me fueron muriendo
las
pa
la
bras.

Y por querer pintar una pregunta
De rojo,
Vi los signos.



(Del círculo del círculo renacen
los acueductos
del
quebrantamiento.)

Porque la condición del hombre tiene
caminos retornables
que nunca pasan por los mismos sueños.

No es falso
relacionar la negación oscura
con nuestra identidad.

Cada camino
tiene su caracol
y sus ciudades.

Pero no hay mar
en las estatuas ciegas.

Y por cada tormento van llorando
los testimonios
de los laberintos.

II

En la terrible noche de los Códices
los muertos
tocan sus caracoles amarillos
y cada quien puede llorar de rabia
para que las empresas de los ataúdes;
o para que la lepra de la muerte.

En los nocturnos de las academias
danzan las magnolias podridas.

Y en las esquinas de los laberintos
se arrancan los ojos las estatuas;
o descomponen los ferrocarriles;
o caminan las tumbas.

Un día Quetzalcóatl
llenó la tierra de culebras;
Y con sus huesos alimentó la desdicha.

El odio va por las escalinatas del tiempo
chorreando cascabeles oscuros.

Y para recordar que somos hombres,
le perforamos el corazón a las estrellas;

le reventamos los tímpanos al tiempo;
pateamos las parábolas;
llenamos de espanto las casas de la sabiduría.

Porque en la noche de los Códices
tocan los muertos sus caracoles amarillos
para que dancen todas las tumbas de la tierra.

II

Es entonces cuando quisiéramos
arrancarnos las glándulas genitales
y arrojárselas a los perros
para que no nos diera vergüenza
con los Códices pateados.

Todos tuvimos culpa del incendio
del Tonalámatl y el Calmecac.



Ardieron los huesos de Quetzalcóatl
y los itzcuintlis se tragarón los ojos
para que el llanto de la rabia impotente
comunicara su condición de perro abandonado.

Porque los nigromantes
vomitaron la sombra
de los destinos.

Y porque las columnas
vieron subir el odio por sus capiteles.

La tinta negra fue la más culpable
del compromiso con la muerte.

Nadie purificó las lágrimas del mundo.

Los caracoles rodaron por las escalinatas.

Y cuando vimos arder la Casa de la Sabiduría,
nos dieron ganas de arrancarnos
las glándulas genitales
y arrojárselas a los perros
para que no nos diera vergüenza
con los Códices pateados.

IV

Las víboras salieron de la tumba
De Quetzalcóatl.

Nadie sintió los ritmos de los teponaztlis,
sonando profecías.

Y el gran Tlacatecólotl
se subió a la pirámide más alta de la tierra,
y desde allí tocó sus caracoles trágicos.

De Elegía de los triángulos. Diógenes. México, 1974.



Cantar doce:

El Verbo es. No es. Si es. Quién sabe

El Verbo del poeta se deshace cuando camina con su Ser
a cuestras.

Camina con su Ser a muchas cuestras.

Tú te acuestras para llegar al fin a una cumbre sin cumbres y sin cuestras.

Tú te acuestras con una conmoción. Y engendras cuestras.

Pirámides de Ninfas descompuestas.

Superarquitecturas estructuras que nadie reconoce sus pavuras.

Porque a veces también hay Ninfas puras.



Camíname de mar a mar amargo. Para saber amar. A mar. A mármol.

Las negruras del Ser son insondables.

Camíname de mí. De ti. De ellos.

Camíname sin mí. Sin ti. Sin ellos.

Que los ángulos son inescrutables. Y las puertas del mar están cerradas.

Y cornos hay que pueden recorrerlas. Pero con abismales sinfonías.

Como los cornos de los manicomios que matan sus binomios.

Binomios de verdad. Eva desnuda.

Que los poetas se han quedado solos. Sin Dios. Y sin poesía.

Cantar Veintiuno:
Biografía del poeta

I

La única biografía del poeta es su canción y la metáfora de su muerte.

Lo demás es retórica vacía. Retórica podrida y vacía.

El poeta trabaja su canción con el material de su muerte.

Porque la muerte es una metáfora engendrada por el tiempo.

Es la metáfora del tiempo.

Y cuando da su hora, los relojes no quieren salmos vacíos. Ni lágrimas vacías.

El poeta camina con su reloj y con su muerte huyendo de los salmos vacíos y de las lágrimas vacías.

Al poeta le sobran materiales para crear su muerte. Para recrear su muerte.

No quiere que la muerte sea su muerte.

El quiere que su muerte sea la muerte de la muerte.

El poeta no cree en la muerte.

El poeta trabaja los materiales de su muerte para matar la muerte.

Y cuando muere resucita en la trasmigración de otra muerte.

II

Por experiencia humana me gustaría nacer el día de mi muerte.

El día del reloj de mi muerte.

III

Entonces me moriría de amor por todos los relojes de mi muerte.

Por la metáfora de todos los relojes de mi muerte.

De *Patología del ser*. Diógenes. México, 1981.